

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. . . . Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. . . . 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. . . . Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. . . . 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Nuestro dibujo.—*El arte y los toros*, por Pascual Millán.—*La primera temporada*, por M. F. y G.—*Las cogidas de Curro Cuchares*.—*Toros en Cabra (la cogida de El Espartero)*.—Anuncio.

NUESTRO DIBUJO.

UNA COGIDA DE CURRO CUCHARES.

El 28 de Junio de 1882, Centello, toro de la ganadería de D. Elías Gómez, retinto y bien armado, alcanzó á Curro Arjona en el momento de echarle un capote, con el cual trató de cubrir á la fiera, pero ésta le tío al suelo, y ya sin salida el diestro, dejóse encuniar por completo, no sacando Cuchares más que una contusión en un tobillo, al ser arrojado contra la barrera.

EL ARTE Y LOS TOROS.

Agitó el Presidente su blanco pañuelo; sonó el clarín; lanzó Rafael Molina el brindis de ordenanza, y fué á habérselas con el primero de la tarde. (1)

Lo pasó encorvado y como él sabe hacerlo cuando *no quiere*; se arrancó largo; cuarteó al herir, y salió de naja. Todo el empuje de sus banderilleros no bastó á que el toro se echase, y hubo de intentar el descabello una y otra vez, y no habiendo acertado, lió nuevamente y se hartó de pinchar sin más fin que acabar de cualquier modo, porque el público se impacientaba y el Presidente había mandado ya el primer aviso.

Y esta faena, que hubiera valido una silba feróz á otro diestro cualquiera, sólo le produjo una protesta benigna, y no faltó quien aplaudiese y aplaudiese con ganas al espada corcobés.

Pues, señor, me decía yo: ¿qué tiene Rafael que así arrebató al público y se lo lleva de calle? Y como nunca he creído en eso de las simpatías y antipatías *porque sí*, tratándose de los diestros, vine á comprender que el público aplaude en Lagartijo la personificación de lo que pudiéramos llamar estética taurina. Y ya mi imaginación á vueltas con el espectáculo, me hizo ver que nuestras corridas de toros, constituyen la fiesta más artística de que hay memoria.

(1) Corrida 6.^a de abono verificada en la Plaza de Madrid el 15 de Mayo de 1887, en que se lidiaron seis toros de D. Antonio Hernández, por las cuadrillas de Lagartijo, Carrito y Mazzantini.

¡Cómo—dirán algunos—artístico un espectáculo al que concurren de consuno la barbarie y lo repugnante! Puede hablarse de arte ante el mono sabio que martiriza brutalmente al más noble de los animales, á ciencia y pacia del espectador? Puede recordarse el arte al ver el cuadro que ofrece una caída del picador en la que, confundidos en montón, toro caballo y jinete, la sangre y la inmundicia son la nota dominante?

Si, á pesar de tales atrocidades, y por cima de ellas, el espectáculo resulta artístico en grado sumo. Y así, y sólo así, se comprende que quien no es aficionado á la caza, *vervi-gracia*, porque sufre al ver un ave herida, vaya á los toros.

Y por eso, y sólo por eso, personas de extremada delicadeza que no leen á Zola porque le encuentran sobradamente real, y tienen tal sentimiento que las lágrimas se agolpan á sus ojos al oír las romanzas predilectas de Gayarre, que se estaxían con la lectura de *Margarita la tornera*, y comprenden á Murillo y á Rafael, y sienten á Becquer, y saben al dedillo nuestros clásicos, conocen palmo á palmo nuestro museo de pinturas, y frecuentan la sociedad donde residen el ingenio y el buen gusto, no pierden una corrida, gozan en ella, y no darían una tarde de toros por nada en el mundo.

Todo es artístico en nuestra fiesta desde la ida á la plaza, hasta la salida de ella; todo tiene tal animación, tal color, tal vida, que no hay cuadro que pueda rivalizar con el que ofrece una corrida de toros. Aquella masa de cabezas, aquella variedad de trajes, aquella alegría en los rostros, aquella confusión de clases y jerarquías, el contraste del sol y la sombra, todo ofrece tal carácter, tal especialidad, que no hay nadie que sea artista y no se sienta arrastrado por tal conjunto.

Y esto por lo que se refiere al espectador, pues en cuanto la cuadrilla aparece, se da suelta al toro, y empieza el espectáculo propiamente dicho, entonces la estética, subiendo de punto, borra cuanto hay de bárbaro en la lidia, que no es poco.

La gallardía del toro, la belleza de su estampa, la agilidad de sus movimientos, la grandiosidad y gracia de las líneas que dibujan su figura, le hacen ser el rey de los animales. Todos éstos alcanzan el triste período de la vejez. El caballo más arrogante, el que ha sido acariciado por las manos de una hermosa, y aplaudido por el *sport*, llega un día á verse ol-

vidado en un rincón de la cuadra, decrepito y repugnante, ó tal vez uncido á desvencijado carromato, arrastrando penosamente sus desechas forruas. El león, que fué admirado en los circos y exhibido en las *menajerías*, se ve al fin postrado en olvidada jaula, lacia y rala la melena, vidriados los ojos y siendo más una masa informe que un animal. El perro más estimado tiene á lo sumo el final que Zola da al célebre cán de su *José de Vivre*.

Sólo el toro no llega á viejo; él, como los antiguos atenienses, es inolado si sus formas no responden á su destino. Solo él muere en la plenitud de su fuerza y su belleza, luchando hasta el último momento, siempre ágil, siempre fuerte, siempre temido.

Todos estos detalles que el público ve uno y otro día, constituyen la parte estética de nuestra fiesta nacional, y esa estética que se siente, quizá sin comprenderla, es lo que hace olvidar el resto.

Por esa estética, por esa belleza plástica, nuestro público es frenético por determinados diestros. Hay banderilleros con mucha vergüenza torera, que saben llegar á la cabeza, que consenten, que cuadran bien. que ponen pares de verdadero castigo y son aplaudidos, ¡quién lo duda! y tienen sus admiradores; pero á pesar de todo, la mayoría del público los califica de «banderilleros bastos», y no llegan nunca á arrebatarse. Otros, en cambio, sin tan buenas cualidades, llevan el fanatismo al espectador, solo porque en los movimientos, en las actitudes, en la manera de arrancar, resultan de una irreprochable pureza estética.

Y esa pureza estética llevada á lo inverosímil por Rafael, es lo que le ha dado las simpatías de que goza, y que no tuvo diestro ninguno. No voy á juzgar el trabajo de Rafael como torero, porque no es tal el objeto de este artículo; creo sí, y lo creo firmemente, que no ha habido entre la gente de coleta ninguno que haya estado á su altura.

Me refiero sólo al Rafael estético (valga la frase), á ese Rafael que compone un cuadro cada vez que mete el capote, que da motivo de estudio á los pintores en cada uno de los movimientos que ejecuta, que aparece siempre artístico, siempre escultural. Podrá resultar (según su faena) un *ángel caído* ó un *Apolo*, pero siempre dentro de la belleza plástica, siempre dentro de la estética taurina, con esa figura *sin génesis*, que en la calle es vulgar y no compite con las de otros diestros, y en la plaza resulta

LA LIDIA



Gómez

J. Chaves

de una elegancia suma, de una esbeltez sin límites, como personificación del ideal torero.

Por eso, cuando en un quite interviene Rafael, hace separar la vista de lo repugnante del cuadro y atrae sobre sí las miradas al componer otro cuadro que pone el contraste de lo bello al lado de lo repugnante. Y hay en aquella percalina que se agita, en aquellas largas, en aquellas medias verónicas, tal pureza de líneas, que su tocayo el de Urbino no hubiera dibujado nada mejor, siendo esto tauto más de admirar, cuanto que Rafael no sabe lo estético que resulta, ni se da cuenta de ello, porque sus movimientos son naturales, porque no conoce la afectación, porque *él es así*.

Y he aquí explicado lo dicho en los comienzos de este artículo: Rafael tendrá siempre al público de su parte; sus silbas serán siempre una reconvencción más que una protesta, y cuando alguna lleve, habrá verdadero afán de que haga algo, cualquier cosa por insignificante que sea, para aplaudirle con creces, para desagraviarle, como si el público arrepentido de la genialidad de un momento, temiera malquistarse con su torero predilecto.

Para concluir: será apasionamiento, será exageración, será fanatismo, que todos estos extremos trae consigo la fiesta de toros, pero hay muchos, muchísimos espectadores, que prefieren á Rafael cuando está mal, que á otros cuando están bien. (1)

PASCUAL MILLÁN.

LA PRIMERA TEMPORADA.

Durante la temporada que terminó el domingo 17 del actual, á falta de una corrida que supongo se verificará el próximo Setiembre, se han verificado en nuestra Plaza de Toros 22 corridas, correspondiendo 13 á la categoría de las de abono, y nueve á las extraordinarias, contando la de Beneficencia.

En ellas se han lidiado 12 toros de Bañuelos; 12 de Benjumea; seis de Cámara; cuatro de Gómez (don Félix); 13 de Hernández; 12 de Miura; 12 de Martín (D. Anastasio); seis de Núñez de Prado; cinco de Pérez de la Concha; 18 del Conde de Patilla; 12 de Solís; 16 de Veragua y seis de Ibarra.

Merecen un especial aplauso, el Sr. D. Andrés Solís, por una de sus corridas; el Sr. Conde de Patilla, por dos de las suyas; el Sr. Miura, por los lidiados en la segunda de abono, y el Duque, por los que mató Salvador solo, y aun por los de la corrida de Beneficencia.

Lagartijo ha toreado en 11 corridas; Curro en 12; Frascuelo en 11; Angel Pastor en siete; Gallo en cuatro; Mazzantini en 10, y Mateito, Punteret, Espartero y Centeno, en una.

Nos ocuparemos solo del trabajo de los dos *abuelos*, por ser éstos, como siempre, los que monopolizaron la atención del público, y los únicos que han hecho inolvidables faenas.

Rafael ha estado toda la temporada como siempre; esto es, con alzas y bajas, despertando unas veces la indignación del público, y arrebatándole en otras con su maestría.

Comenzó bravo con la muleta, trabajador en la brega, y haciendo con el estoque lo que es ya costumbre en este matador; se debe, sin embargo, aplaudir la magnífica muerte que dió en la segunda de abono al cuarto toro de Miura, *Cara de Rosa*, que fué digna, en todo, de su alto renombre y de su maestría.

Volvió á dejarse aplaudir con justicia, matando el tercero de Veragua, en su corrida de seis; descompúsose luego y vinieron las tremendas silbas con que le obsequiaron en dos ó tres corridas; á tal punto llegó el abandono incalificable de Rafael, y de tal suerte estaba el público indignado, que al hacer el paseo, en la ya inmortal corrida de San Pedro, no escuchó ni un solo aplauso, cosa que estamos seguros no le había sucedido nunca en nuestro circo taurino.

En esta corrida quiso recuperar su honra el cor-

(1) Creemos ocioso advertir á nuestros lectores que LA LIDIA no se hace en manera alguna solidaria de las ideas que el Sr. Millán vierte en el artículo transcrito, ni muchísimo menos, admite sus conclusiones, que considera desde luego erróneas.—Nota de la R.

dobés, y lo consiguió, de tal suerte, que será imprecadera en la memoria de los aficionados la magnífica muerte que á *Tarifeno* dió el simpático torero Lagartijo.

Tuvo también tres ó cuatro estocadas *de las de suerte*, que en Madrid siempre se aplauden; una de las cuales, la última, le proporcionó una gran ovación.

Con su capote sin igual, algún par de banderillas de las suyas, y á más las *magistralísimas* faenas de Miura, Veragua é Ibarra, que no se olvidarán, le ha bastado para ganar los plácemes de la afición, y tener expedito el terreno para volver á presentarse con orgullo en nuestro circo en la próxima segunda temporada.

Salvador: no acertamos, al tratar de describir y recordar sus hazañas, cuál debemos elegir; tantas y tantas son las que el pundonoroso, valiente é inteligente torero ha proporcionado á la afición, que es cosa de encontrarse perplejo.

Diremos, sin embargo, que la temporada suya de 1887, ha dejado muy atrás á las dos *colosales* de 1885 y 1886, temporadas que constituirán, y con razón, el orgullo del diestro, y á las que hay que admirar y recordar siempre.

La muerte del quinto de Benjumea en la 1.^a de abono; la del 5.^o de Solís en la 3.^a; la del 2.^o de Anastasio Martín en la 4.^a; las dos de la 9.^a de abono, con dos bueyes de Benjumea; las dos *colosales* de la Beneficencia; la *inimitable* del *manso burri-cingo*, en la 10.^a de abono; y, sobre todo, la célebre é inmortal corrida del 26 de Mayo, forman unas páginas en la historia del incomparable matador, y dan materia sobrada para erigirle merecida estatua, y rendirle respetuosísimo homenaje.

En la brega, como siempre; y debemos señalar, como digno de mención, el quite aguantando que hizo al Artillero, que es, sin duda, el mejor de los quites en la primera temporada.

Aplaudámos, pues, de todo corazón, á los dos *abuelos*, que hacen, después de veinte años, lo que quizás no hará ninguno de los actuales diestros, ni pudieron hacerlo los antiguos, en su tiempo.

Que la próxima temporada sea una serie de triunfos para los *deliciosos abuelos*, y esperemos á que el simpático Rafael Guerra (Guerrita), al tomar la alternativa, salga del nivel común, para que comparta con ellos los honores del triunfo.

M. F. y G.

LAS COGIDAS DE CURRO-CÚCHARES.

El célebre Francisco Arjona Guillén, fué uno de los toreros más afortunados de estos últimos tiempos, y tuvo tal suerte en los arriesgadísimos lances de la profesión, que hay muchos que aseguran, y más aún que lo creen, que no sufrió ni una sola cogida en el transcurso de su larga carrera.

No hay tal cosa. Cúchares se vió más de una vez en apurados lances, y si los cuernos de las reses no le infirieron heridas de consideración, fué debido á una suerte inverosímil, puesto que el famoso maestro estuvo cogido con frecuencia, y varias veces lo pisotearon y hasta desnudaron los toros, sin producirle, por fortuna, lesiones de importancia.

En 1852, sufrió la cogida que representa nuestro dibujo de hoy, y que en otro lugar esplicamos.

En 1854, en la corrida del 24 de Abril verificada en Madrid, se vió arrollado al marcar un cambio en la cabeza, corriendo un riesgo inminente.

En 1855, sufrió una cogida en Madrid en la corrida del día 15 de Abril, banderilleando el último bicho.

El 25 de Junio del mismo año, se hirió con la espada en un pie en la Plaza de Sevilla.

En el Puerto de Santa María, corrida del 1.^o de Junio de 1856, fué derribado por el toro, recibiendo una seria contusión en el tobillo del pie izquierdo, de una pisada del animal.

En 1857, corrida del 15 de Junio en Madrid, el primer toro, huído en el último tercio, le hizo una colada, enfrontilando al diestro y produciéndole, según el parte facultativo, desgarradura de una oreja, desollamiento de la mejilla y contusión en la sien derecha, reapareciendo en la plaza al cuarto toro con vendaje en la cara; fué saludado con entusiasmo por el público.

En la muerte del quinto toro de la corrida de 3 de Mayo de 1858 en Madrid, y después de un encuentro y una herida, llevó Curro un varetazo en el pecho, al dar un volapié al resabiado animal.

En 1859, en la corrida verificada en Sevilla el 17 de Julio, fué desarmado y cogido en el trasteo del primer toro, retirándose á la enfermería con un rasguño y un recio varetazo, aunque volvió á salir de allí á poco.

En 1860, corrida extraordinaria del 12 de Febrero en Sevilla, le dió un revolcón el primer toro, creyendo la concurrencia mucho más grave el suceso, debiendo al capote de Villaviciosa no haber perecido en la plaza de Madrid la tarde del 15 de Julio al entrarse en su jurisdicción el quinto toro, y contando otra cogida con fortuna en la plaza de Palencia.

En 1863, y en el redondel de Bilbao, al estoquear el primer bicho, sacó herida la palma de la mano derecha de un derrote del toro. En 1864, en Madrid, y en una de las primeras funciones de Mayo, le tocó matar uno de esos toros de quienes Juan León solía decir que salen á llevarse el dinero de la temporada. El animal se llamaba *Ladrón*, y arrolló dos veces á Curro, lo enfrontiló una y lo revolcó otra, hasta que murió de una estocada baja al encuentro, teniendo el maestro que tomar el olivo, acosado aún por el toro espirante.

Cuando Curro relataba las fatigas que le había producido la muerte de *Ladrón*, solía decir con aire sombrío:

—Si yo supiese que en lo que me quede por torear, habían de salirme tres bichos como el *Ladrón*, por el alma de mis difuntos y la salud de mis vivos, que me cortaba la coleta.

TOROS EN CABRA.

LA COGIDA DE "EL ESPARTERO."

A continuación copiamos de un apreciable colega de Montilla la reseña del toro corrido en aquella población en tercer lugar, el día 17 del corriente mes.

"Tercero, *Boticario*; retinto, cornicorto y abierto, de escaso poder, pero con voluntad.

Molina moja una vez y pierde el rocínante, estando al quite el Espartero, que lo termina apoyándose en la cuna; Caro pone cinco puyas, y el Guerra, en uno de los quites, coloca en la frente del *Boticario* la montera, y el Espartero en otro lo saca á los medios, donde lo recorta, quedándose parado ante él con gran frescura y á corta distancia.

A petición del público coge Guerrita los palos de los días de fiesta, y en corto y con gran maestría prende dos magníficos pares al quiebro, terminando con otro de frente buenísimo. Palmas y música merecidas.

Aplomado encontró Espartero á *Boticario* cuando se fué á él y le dió un pase natural, dos altos, uno de pecho y un pinchazo en hueso, bueno. Otros tres naturales y dos altos precedieron á media estocada á volapié, buena, pero un poco tendida; después de varios capotazos de los chicos, intenta sin resultado el descabelló, y deseando terminar con una buena faena, lo toma dos veces con la derecha en las tablas; y se tira en corto y por derecho con un buen volapié hasta la mano, atracándose de toro, y no dándole la suficiente salida, por lo cual fué cogido, volteado y arrojado por el animal contra la barrera, causándole una herida en la parte anterior interna del muslo derecho, de nueve centímetros de longitud por cuatro de profundidad, de pronóstico grave. Manuel se levantó, y á causa del golpe, sin duda, le dió un letargo, siendo conducido á la enfermería en brazos del Lolo y Julián Sánchez. Guerra coje los trastos, y estando el toro en la misma posición que estaba cuando se tiró el Espartero, se tira de largo y cuarteando con una estocada tendida; el toro se echó, y el puntillero acertó á la segunda.

Las últimas noticias que hemos podido adquirir del estado en que se encuentra Manuel García, no acusan mayor gravedad; por el contrario, parece ser que ha mejorado algo, aunque poco, por lo cual le felicitamos.

PLAZA DE TOROS EN PANAMÁ.

Una magnífica acaba de construirse en PANAMÁ.—(REPÚBLICA DE COLOMBIA.)

Los dueños desean ponerse en comunicación con los toreros que quieran trabajar en ella durante una temporada que comenzará en Diciembre para concluir en Marzo. Se encontrarán buenos toros y un público muy aficionado. Para detalles y explicaciones, dirigirse al Administrador de la Plaza

DON TOMÁS ARIAS.

CAJILLA, NÚM. 35.—PANAMÁ.

República de Colombia.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27, Madrid.